

Género: claridad y complejidad

Marta Lamas

En estos últimos años la moda (intelectual y política) de la perspectiva de *género* ha sido tan fuerte, y la proliferación de planteamientos tan prolífica, que resulta difícil hacer una exposición que muestre el estado de la cuestión de manera sencilla. Primero que nada, se requiere distinguir entre los diferentes niveles que componen el campo¹ del *género*. De entrada tendríamos por lo menos cuatro distintos apartados: 1. la producción académica de reflexiones y debates teóricos en torno al concepto de *género*; 2. las investigaciones y estudios sobre cuestiones puntuales que afectan las relaciones entre los sexos; 3. el desarrollo y la aplicación de programas y políticas públicas dirigidas a combatir o remediar la situación subordinada de las mujeres en distintos ámbitos (laboral, educativo, etc.); y 4. los procesos institucionales de transversalización de la perspectiva de *género* o *gender mainstreaming* en las instancias de gobierno. Los cuatro tienen sus dinámicas específicas, sus coordenadas particulares y una bibliografía especializada, pero el hilo conductor que une a los cuatro es la idea de que hay que trabajar con perspectiva de género.

En la actualidad, el tema de la transversalización del *género*, del *gender mainstreaming*, es el de más moda y esto tiene que ver con la atención e interés que poderosas instancias internacionales, como la ONU o el Banco Mundial, le han otorgado. Es evidente que los objetivos de estas dos instituciones son muy diferentes: para el Banco Mundial la urgente necesidad de impulsar un modelo de desarrollo que supere al actual,

¹ Bourdieu le otorga al concepto campo el sentido de una arena social donde las luchas y maniobras se llevan a cabo sobre y en torno al acceso a recursos.

que evidentemente no ha logrado abatir pobreza, exclusión y desempleo, ha derivado a considerar como prioritaria una mejor identificación de las circunstancias de los agentes económicos. Así, la llamada “insostenibilidad humana” de las políticas económicas ha conducido a poner la atención en los condicionantes culturales del *género*. Los economistas han empezado a afinar la mirada, y a distinguir las diferentes situaciones de los agentes económicos, con sus intereses, papeles y necesidades divergentes. Desde esta estrategia, que pone en cuestión la “neutralidad” de los planteamientos macroeconómicos, un grupo cada vez mayor de funcionarios internacionales y locales está declarando la necesidad de utilizar una perspectiva de *género* y de incorporar al factor de *género* en la macroeconomía.

Pero la preocupación de la ONU es mucho más amplia y abarcativa, y se ubica en el impacto de las relaciones de *género* en el orden social. En concreto, el interés de la ONU por los objetivos desarrollistas del Milenio vuelve al *gender mainstreaming* una palanca para abordar la transformación social. Este es el enfoque de quienes, desde una agenda progresista para un cambio social, ubican la transversalización de la perspectiva de *género* en un lugar prioritario.

Pero, como suele suceder con las aspiraciones compartidas, la transversalización de la perspectiva de *género* se condimenta, se come y se digiere de manera distinta en cada lugar. En México, tanto el gobierno federal como sus contrapartes en las instancias internacionales y las agencias multilaterales, insisten en la dichosa transversalización de la perspectiva de *género*. Sin embargo, esta aceptación discursiva no ha logrado que el gobierno, hablo del mío, pero creo que mi apreciación es generalizable a los de nuestra región, incorpore verdaderamente una perspectiva de *género* ni a la política macroeconómica ni a los aspectos más sencillo de la política pública social. Hablar de

género se ha vuelto una retórica políticamente correcta, pero sin saber muy bien qué hay que hacer, o por dónde hay que empezar.

Recordarán que por *género* se entiende el conjunto de ideas, representaciones, prácticas y prescripciones sociales que una cultura desarrolla a partir del reconocimiento de la diferencia anatómica entre los sexos.² El *género* es la constatación cultural de la diferencia sexual, y simboliza lo que es "propio" de los hombres (lo masculino) y lo que es "propio" de las mujeres (lo femenino); pero además de ser un mandato cultural también implica procesos psíquicos; y toda esa complejidad se arma como un conjunto de creencias y prácticas que jerarquizan y discriminan a los seres humanos.

Sin embargo, algo que suena comprensible en teoría, se ha vuelto medio incomprensible en la práctica. Y, justamente, una crítica que se escucha con frecuencia es que el discurso sobre el *gender mainstreaming* no se corresponde con la práctica. Y no tanto porque el proceso de transversalización del *género* sea muy complicado, sino porque de entrada no se comprende qué significa integrar la perspectiva de *género*. Por eso el tema en cuestión es la comprensión. Mientras no se entienda en verdad qué es el *género*, su complejidad, cómo opera a nivel de la subjetividad humana, cómo se reproduce culturalmente, poco se podrá avanzar en el desarrollo de un abordaje que lo incluya.

No basta una visión totalmente comprometida con la aspiración de justicia presente en los objetivos del *gender mainstreaming*; la cuestión central es si se COMPRENDE de qué estamos hablando. Teóricamente todo mundo acepta que *género* es algo que tiene que ver con las mujeres; si afina la mirada, acepta que también tiene que ver con los hombres, como algo relacional. Lo que rara vez ocurre es que se comprenda su dimensión psíquica, su

² Parte de la confusión conceptual en torno al *género* se desliza por el castellano, ya que para los hispano parlantes el sentido del término *género* no trae la connotación inherente de diferencia sexual como *gender*.

compleja articulación con la cultura, los procesos de identificación que desata, la carga de poder que lleva implícita. Así, al no haber una comprensión teórica a fondo, queda volando la práctica: ¿cómo aterrizar las ideas?, ¿cómo hacer operativos los conceptos teóricos?, ¿cómo desarrollar planes y programas?, ¿cómo entrenar? Nada de esto se puede hacer si no hay claridad sobre la complejidad que implica el *género*.

Una constante preocupación en los programas de capacitación en *género*, sobre todo en el seno de las agencias de desarrollo, ha sido la transmisión del conocimiento, y dentro de ella, la cuestión operativa: ¿cómo hacer que el entrenamiento sea práctico, al punto? La demanda que encuentro cada vez que imparto un taller o un curso de *género* es: dígame qué hacer, no me eche rolo sobre las desigualdades entre mujeres y hombres, eso ya me lo sé. En efecto, parece que ya no es necesario hacer el repaso de tales desigualdades. Lo que sí es imprescindible, y no hay atajo posible, es el punto de la comprensión. No es posible ofrecer herramientas prácticas, poner ejemplos concretos y enseñar planificación con perspectiva de *género* si no hay previamente una verdadera comprensión conceptual, de las vinculaciones, interacciones y dimensiones de la diferencia sexual y el *género*. Precisamente por eso la teoría no es un lujo; es una necesidad.

En las ciencias sociales la reflexión tiene ya más de treinta años, por lo cual ya hay un *corpus* crítico con serie de señalamientos y cuestionamientos que vale la pena conocer. Sabemos que las transformaciones sociales no corren al parejo de los avances teóricos. Lo que parecemos olvidar es que también las teorías y los conceptos pueden enquistarse, reificarse, dejar de ser útiles. Por eso también hay que estar alertas de un fenómeno que con frecuencia ocurre: la cosificación. ¿Qué es la cosificación o, lo mismo, la reificación? Como ilusión fabricada socialmente, la reificación suele petrificar lo que está vivo y en transformación. Con el *género*, el discurso oficial sobre las relaciones entre mujeres y

hombres interpreta ese complejo proceso como algo inamovible: las mujeres son víctimas; los hombres, verdugos. La “explicación” es tautológicamente reiterativa: todo lo que ocurre entre mujeres y hombres es producto del *género*.

El *género* se ha vuelto un concepto problemático no porque sea difícil comprender la complejidad a la que alude, sino porque ha sido reificado. *Toda reificación es un olvido*, dijeron hace tiempo los filósofos Horkheimer y Adorno. La reificación es una ilusión fabricada socialmente, que suele servir para mantener el *status quo*, y que ignora la dimensión subjetiva. ¿Qué se olvida con la reificación del *género*? Se olvida la *diferencia sexual*, el cuerpo, con sus componentes entrelazados de carne, mente e inconsciente; sobre todo, se ignora el inconsciente. He aquí la mayor carencia: ninguna institución toma en serio la realidad psíquica de los seres humanos, y cómo es el fundamento de las relaciones de poder, y se articula con la cultura en las pequeñas cosas de la vida cotidiana.

Otro aspecto de la reificación del *género* es que ha dado un giro de categoría analítica a fuerza causal o *explanans*. Hoy todo se explica por el *género*, y se construyen explicaciones con pretensiones causales universales, que acaban acercándose peligrosamente a posturas esencialistas. El *género*, por definición, es una construcción histórica: de época en época cambia lo que se considera propio de cada sexo; en cambio, la diferencia biológica permanece igual a lo largo del tiempo.

Y aunque en la actualidad el *género* ha pasado a ser central en los debates y reflexiones de varias disciplinas, es un concepto que cada autor usa a su gusto, como *explanans*, con lo cual la cantidad de conceptualizaciones vigentes es impresionante. Una académica norteamericana, Mary Hawkesworth³ cita unas cuantas:

³ Mary Hawkesworth, "Confundir el género (Confounding gender)" en *debate feminista* núm. 20, octubre, 1999

"En trabajos más recientes, otras y otros emplean el *género* para analizar la organización social de las relaciones entre hombres y mujeres (Rubin, 1975; Barrett, 1980; MacKinnon, 1987); para investigar la reificación de las diferencias humanas (Vetterling-Braggin, 1982; Hawkesworth, 1990; Shanley y Pateman, 1991); para conceptualizar la semiótica del cuerpo, el sexo y la sexualidad (De Lauretis, 1984; Suleiman, 1985; Doane, 1987; Silverman, 1988); para explicar la distribución de cargas y beneficios en la sociedad (Walby, 1986; Connell, 1987; Boneparth y Stoper, 1988); para ilustrar las microtécnicas del poder (De Lauretis, 1987; Sawicki, 1991); para iluminar la estructura de la psique (Chodorow, 1978); y para explicar la identidad y la aspiración individuales (Epperson, 1988; Butler, 1990).

A medida que la investigación sobre el *género* prolifera, lo hace también la tendencia a suponer que el significado del *género* no es problemático. Sin embargo, diferentes estudiosas y estudiosos emplean el *género* de maneras notablemente diferentes. El *género* ha sido analizado como un atributo de los individuos (Bem, 1974, 1983), como una relación interpersonal (Spelman, 1988) y como un modo de organización social (Firestone, 1970; Eisenstein, 1979). El *género* ha sido definido en términos de estatus social (Lopata y Thorne, 1978), papeles sexuales (Amundsen, 1971; Epstein, 1971; Janeway, 1971) y estereotipos sexuales (Friedan, 1963; Anderson, 1983)". Pero no sólo eso; también ha sido discutido como producto de la atribución (Kessler y McKenna, 1978), de la socialización (Ruddick, 1980; Gilligan, 1982), de prácticas disciplinarias (Butler, 1990; Singer, 1993), y posturas tradicionales (Devor, 1989). El *género* ha sido descrito como un efecto del lenguaje (Daly, 1978; Spender, 1980); una cuestión de conformismo conductual (Amundsen, 1971; Epstein, 1971); una característica estructural del trabajo, el poder y la catexis (Connell, 1987); y un modo de percepción (Kessler y McKenna, 1978; Bem, 1993).

El *género* ha sido descrito en términos de una oposición binaria, de continuos variables y variantes, y en términos de capas de la personalidad. Ha sido caracterizado como diferencia (Irigaray, 1985a, 1985b) y como relaciones de poder manifestadas como dominación y subordinación (MacKinnon, 1987, Gordon, 1988)."

¿Puede tal multiplicidad de significados proporcionar una explicación coherente? Creo que sí, pues la constante es la simbolización de la diferencia sexual. Lo que hay que tener mucho cuidado es de no reificar la categoría *género* y, peor aún, de no volverla un fetiche. Se recordará que el término fetiche se usa en la antropología para denominar a un objeto de culto en las religiones llamadas "primitivas". Por ende, la fetichización es el culto de los fetiches y también el acto de tratar algo como si fuera un fetiche. Figurativamente, fetichización quiere decir "admiración exagerada e irracional" (Moliner) y "veneración excesiva" (Real Academia), y es el proceso por el cual una cultura o un grupo social reconoce en algo un poder sobrenatural.⁴ El *género* se ha vuelto un fetiche, un objeto de culto, dentro del campo feminista y también, cada vez más, dentro del campo de las políticas públicas.

Por eso me resulta útil contraponer al fetiche *género* un señalamiento provocativo y esclarecedor: el *género* es una verdad falsa. Virginia Goldner⁵ plantea que existe una paradoja epistemológica respecto al *género*, con lo cual nos ayuda a pensar desde otro lugar: La paradójica verdad falsa consiste en que, por un lado, la oposición binaria

⁴ Marx hace famoso el término en el célebre capítulo I de *El capital* para ilustrar la forma en que se atribuye a las mercancías un poder y una capacidad de decisión propios de las personas. Freud utiliza inicialmente este concepto en *Tres ensayos de teoría sexual* (1905) y veintidos años después compendia y amplía sus anteriores concepciones en el artículo *Fetichismo* (1927). Véase el tomo XXI de las *Obras completas*. No puedo evitar establecer un paralelismo entre la función de *sustituto* del fetiche que plantea Freud y la forma en que, dentro del feminismo, el concepto también actúa por sustitución.

⁵ Virginia Goldner, "Toward a critical relational theory of gender". *Psychoanal. Dial.* 1, 1991, pps. 249-272. Citada por Jessica Benjamin, en "In Defense of Gender Ambiguity", en *Gender & Psychoanalysis*, vol. 1, núm. 1, enero 1996.

masculino-femenino es supraordenada, estructural, fundante y trasciende cualquier relación concreta; así masculino/femenino, como formas reificadas de la diferencia sexual, son una verdad, pero por otro lado, ésta verdad es falsa en la medida en que las variaciones concretas de las vidas humanas rebasan cualquier marco binario de *género*. Por eso, como señala Muriel Dimen, el *género* "a veces es algo central y definitivo, y a veces se limita a algo marginal y contingente."⁶ Tal vez éstas son las más sencillas y útiles ideas que he leído hace tiempo: el *género* es una verdad falsa y el *género* a veces es algo central, pero otras veces es algo marginal; a veces es algo definitivo, otras algo contingente. ¡Qué respiro de la multiplicidad de definiciones rígidas, simplistas y reduccionistas que circulan!

El *género* es uno de los elementos indispensables a tomar en consideración al hacer un proceso de lectura de lo social. Por eso, el aprendizaje o entrenamiento para integrar una mirada sensible al *género* requiere mucho más que fijarse en las mujeres: necesita también atención sobre los hombres, y debe ir acompañado de otros conceptos/indicadores, como clase social, edad, condición étnica, etc. Para desarrollar programas y aplicar ciertas técnicas se necesita aprender a leer el contexto. Dietz señaló, hace mucho, que para comprender las cuestiones de *género*, el contexto es lo que cuenta⁷.

Y para comprender el contexto, hay que hacer previamente una distinción cualitativa de los distintos componentes del contexto. O sea, hay que distinguir las relaciones de poder que están incrustadas en una pluralidad de prácticas y situaciones cotidianas. Para entender ese

⁶ Muriel Dimen, "Deconstructing difference: Gender, splitting and transitional space". *Psychoanal. Dial.* 1, 1991, pps. 335-352. Citada por Jessica Benjamin, en "In Defense of Gender Ambiguity", *en Gender & Psychoanalysis*, vol. 1, núm. 1, enero 1996.

⁷ El artículo clásico de Mary Dietz "Context is all" está traducido en la compilación de ensayos sobre Ciudadanía y feminismo, que publicó UNIFEM junto con el IFE y *debate feminista*.

tejido cultural que traemos introyectado es sumamente útil el concepto de *habitus*, en el sentido que Pierre Bourdieu lo desarrolla.⁸

Bourdieu vea al *género* como *habitus*, o sea, como un sistema perdurable y transponible de esquemas de sentimiento, pensamiento y acción, y su interpretación resulta más satisfactoria que muchísimo de lo que han dicho las feministas expertas en *género*. Con el concepto clave de *habitus*, entendido como una "subjetividad socializada", este antropólogo francés se refiere al conjunto de relaciones históricas "depositadas" en los cuerpos individuales en forma de esquemas mentales y corporales de percepción, apreciación y acción resultantes de la institución de lo social en los cuerpos. La cultura, el lenguaje, la crianza, inculcan en las personas ciertas normas y valores profundamente tácitos, que se consideran "naturales". El *habitus* reproduce estas disposiciones estructuradas de manera no consciente. Así, el *habitus* se convierte en un mecanismo de retransmisión por el que las estructuras mentales de las personas toman forma ("se encarnan") en la actividad de la sociedad. Para Bourdieu el *género* está arraigado profundamente en *scripts* culturales previos y él muestra cómo las diferencias entre los sexos están inmersas en el conjunto de oposiciones que organizan todo el cosmos, la división de tareas y actividades, y los papeles sociales. Este pensamiento binario se apoya en un dato de la biología que aparece como universal e incontrovertible: la existencia de dos cuerpos, básicamente.⁹ El hecho potente de la reproducción sirve para postular la complementariedad de los sexos, y sí, los seres humanos sí somos complementarios

⁸En la amplia obra de Bourdieu se encuentra la explicación sobre el *habitus*, especialmente en *El sentido práctico*. Ed. Taurus, Madrid, 1991 y en *Respuestas, Para una antropología reflexiva* (con Lóic J.D. Wacquant). Grijalbo, México, 1996. El resumen de su pensamiento sobre el *género* se encuentra en *La dominación masculina*, Anagrama, Barcelona, 2000

⁹ Digo básicamente porque la existencia de hermafroditas y de intersexos ha llevado a plantear la existencia de cinco sexos. Véase Anne Fausto Sterling, "The Five Sexes. Why Male and Female are Not Enough", en *The Sciences*, marzo/abril 1993.

reproductivamente, pero difícilmente lo somos en las demás áreas. Los dos cuerpos se convierten en polos simbólicos, y los seres humanos, suponiendo que las diferencias anatómicas son expresión de diferencias más profundas, definen los papeles sociales de mujeres y hombres también como complementarios. Así, al extrapolar la complementareidad reproductiva a otras áreas se ha sentado la base para dos procesos discriminatorios: el sexismo y la homofobia.

Históricamente, la conceptualización de las mujeres como "complementarias" de los hombres, ha obstaculizado su reconocimiento como personas con intereses, derechos y potencialidades iguales a los de los hombres y ha dificultado su acceso a espacios y desempeños que se consideran masculinos. Dividir la vida en áreas, tareas y poderes masculinos y femeninos "complementarios" ha resultado en actos de exclusión, marginación y opresión sexista. Esto ya se comprende hoy, y no voy a abundar en ello.

Sin embargo, resulta más fácil que las personas se den cuenta de que el orden cultural produce percepciones específicas sobre las mujeres y los hombres, percepciones que se erigen en prescripciones sociales con las cuales se intenta normar la convivencia, a que acepten que lo mismo ocurre en el terreno de la sexualidad entre personas heterosexuales y homosexuales. También es el orden cultural el que produce las prescripciones sobre qué es "normal" y qué no, en materia de deseo y vida sexual, y también las oposiciones binarias y la idea de complementareidad operan produciendo discriminación y exclusión.

La homofobia, que es el rechazo irracional a la homosexualidad, surge de la rigidez de esa concepción binaria, que maneja oposiciones complementarias, y que extrapola la complementareidad reproductiva a la sexualidad, y que establece la normatividad de la heterosexualidad. No se trata de defender el derecho de las llamadas minorías sexuales a sus prácticas "desviadas o extrañas", sino de comprender que la lógica del *género* ha

establecido una normatividad sexual a partir de la complementareidad para la reproducción y no a partir de la verdadera naturaleza de la sexualidad humana. La pulsión sexual (libido) es polimorfa y perversa, esa clásica expresión freudiana que quiere decir que nuestro deseo se desparrama en mil formas y se vierte fuera de los cauces previstos para la reproducción. El deseo humano no tiene más límite que el que la cultura logra imponerle y existen básicamente dos cuerpos en los que encauzar la pasión, por eso hay dos formas de estructuración psíquica --heterosexualidad y homosexualidad-- y por eso existe la práctica de la bisexualidad. La verdadera naturaleza polimorfa de la libido humana está lejos de las fronteras artificiales que le impone la represión cultural.

Comprender las raíces del sexismo y la homofobia nos lleva a interrogarnos de qué manera los cuerpos se convierten en sujetos, de qué manera la complementareidad reproductiva norma nuestras opciones sexuales, en fin, de qué manera estamos condicionados y limitados por la cultura. del género e implica una aceptación de la naturalidad de la homosexualidad. Hasta el momento, la teoría psicoanalítica ofrece el recuento más complejo y detallado de la constitución de la subjetividad y de la estructuración psíquica de la sexualidad: lo que nos hace a los seres humanos tener deseos hetero u homosexuales. Al plantear que no hay conjuntos de características o de conductas exclusivas de un sexo, ni siquiera en la vida psíquica, la teoría psicoanalítica postula que no existe una "esencia" femenina o masculina; psíquicamente los seres humanos somos iguales: todos nos estructuramos a partir de la falta, y esa fuerza innata que es la libido se orientará con preferencia hacia un cuerpo femenino o masculino a partir de un complejo proceso inconsciente. Ni la heterosexualidad es "natural" ni la homosexualidad es "antinatural"; ambas son resultado de complejos procesos bio-psico-sociales.

La diferencia sexual opera como estructurante psíquico y como referente simbólico. Al estar construidas sobre la diferencia anatómica, las oposiciones femenino/masculino confluyen para sostenerse mutuamente, práctica y metafóricamente, al mismo tiempo que los "esquemas de pensamiento" las registran como diferencias "naturales", por lo cual no se puede tomar conciencia fácilmente de la relación de dominación que está en la base. La división del mundo en femenino y masculino aparece como "natural", pero es consecuencia de un sistema de relaciones que no son independientes de la relación de poder.

Entender el *género* es entender el peso de la cultura y de las determinaciones sociales, y al mismo tiempo es comprender que el inconsciente juega un papel crucial en nuestros procesos identificatorios, como mujeres y hombres, como heterosexuales y homosexuales, etc. Pero, sobre todo, entender el *género* es entender que todas las personas YA tenemos una perspectiva de *género*, o sea, tenemos una serie de ideas sobre qué es lo propio de unos y otras en nuestra sociedad. Hay perspectivas tradicionalistas y perspectivas progresistas; hay que definir bien qué supone la "clásica" perspectiva de género.

Hoy sabemos que las diferencias biológicas entre mujeres y hombres por sí solas no provocan ciertos comportamientos. No son las diferencias biológicas *per se*, sino las asimetrías en los derechos y las obligaciones de las mujeres y los hombres las que se traducen en capacidades y comportamientos económicos distintos de mujeres y de hombres. Estos comportamientos económicos diferenciados, comportamientos esperados dentro del *habitus* cultural, reafirman la desigualdad que produce el *género*, y reproducen la estructuración económica desigual, con consecuencias tanto en el empleo y el ingreso, como en la producción y en los mercados. Las relaciones de *género* estructuran la economía, por lo cual, sin depositar todas las esperanzas del cambio en una política macroeconómica, hay que trabajar en esa dirección.

Pero dado que el *género* incluye una parte inconsciente de nuestras creencias no resulta nada fácil intentar cambiarlas a puro golpe de buena voluntad o de voluntarismo. Hay que recordar constantemente que las relaciones de *género* son las más íntimas de las relaciones sociales en las que estamos entrelazados. Para modificar la subjetividad de las personas, sus valoraciones íntimas sobre lo que es “propio” de cada sexo y sus procesos de identificación, es necesario hacer una intervención de política cultural, que muy pocos gobiernos están dispuestos a hacer, y que escasas agencias e instituciones internacionales están dispuestas a financiar. Tal vez una razón clave por la que no funciona la transversalización del *género* es porque no se la aborda como una política cultural, en el sentido de una intervención que apunte a lo simbólico.

Tenemos, pues, que las dificultades de la “llamada” transversalización tienen que ver tanto con los objetivos como con el método. Hay que estar conscientes de que transversalizar la perspectiva de *género* es un problema principalmente por las dificultades para saber a qué nos estamos refiriendo. Los programas gubernamentales manifiestan disonancias y desniveles impresionantes entre ellos: algunos, con gran tibieza, apenas se atreven a hablar de mujeres; otros, intentan introducir conceptos relacionales; muy pocos saben proponer acciones dirigidas a los hombres y la masculinidad. La confusión va desde comprender al *género* como algo relativo al sexo o al contexto cultural, tomarla como herramienta de política pública, o como discurso demagógico.

¿Sirve para algo la perspectiva de *género*? Sí, si con ella se transforma el paradigma con el cual se explicaba el conflicto de las relaciones mujer-hombre; sí, para comprender que no es la anatomía lo que posiciona a mujeres y hombres en ámbitos y jerarquías distintos, sino la simbolización que las sociedades hacen de ella. Además de desentrañar los vínculos y relaciones que se tejen entre el poder y los prejuicios, los pensamientos y los privilegios,

están los problemas que derivan de una reificación o cosificación del modelo: los errores reduccionistas en la utilización conceptual de *género*, la manera de esquivar las referencias a los cuerpos, o las explicaciones funcionalistas, que se centran en los procesos biológicos del cuerpo.

En Latinoamérica, el objetivo de la agenda política de las feministas en la región es lograr la equidad. La equidad es la igualdad con reconocimiento de las diferencias. Sólo la introducción de nuevas prácticas y de nuevas normas, contra las cuales las personas puedan ser medidas y evaluadas, y con una redistribución de recursos que verdaderamente refleje un nuevo arreglo equitativo de *género*, es que se podrán atacar con eficacia las prácticas que producen desigualdad, tanto material (pobreza) como simbólica (discriminación). El *quid* del asunto es establecer acciones con sinergia entre la sociedad civil (y sus asociaciones), el Estado y la iniciativa privada, buscando alcanzar la equidad y no, como se dice, buscando transversalizar el *género*. Transversalizar es un cómo, no un qué. Más que transversalizar, hay que infiltrar, contagiar, emparar de una aspiración por la equidad.

Para obtener resultados hay que trabajar con la matriz cultural de la sociedad, y por ello un entrenamiento conceptual para comprender el *género* es importante. Después de la capacitación teórica hay que derivar a analizar los elementos locales, pues las experiencias regionales cobran mucha importancia. Al trabajar con la cultura también corremos el riesgo de atorarnos, pues el entorno de machismo y pobreza en nuestras sociedades es para dar gritos de denuncia y de alarma. Para que no se perpetúe la mancuerna machismo y pobreza es imprescindible afrontar, desde una perspectiva abierta y sólidamente informada, la brutal ausencia de obligación (en cualquiera de sus acepciones, moral, jurídica, política) que rodea los problemas de esta mancuerna.

La equidad no se logra sólo con perspectiva de *género*. Los problemas de clasismo o racismo en ocasiones son peores que los del sexismo, y de la variante latinoamericana del machismo. Lograr equidad entre los sexos no es posible sólo con compromisos políticos y acciones públicas; se requiere asimismo una transformación en los valores. Tal parece que desarrollar una real solidaridad con los demás ciudadanos es una práctica que brilla por su ausencia globalmente. Este deber moral no puede ser impuesto por las leyes, ni es posible capacitarlo en planeación o transversalización. Es algo vinculado con la *vergüenza*, sentimiento que parece haber desaparecido, al menos si tomamos como referencia que, como palabra, *vergüenza* rara vez se usa en los discursos oficiales y en la rendición de cuentas. Frente a este conflicto hay poco que hacer sin no se cuenta con pasión cívica y humanista.

Lograr equidad de *género* tiene que ver tanto con valores sociales como aspiraciones libertarias pues, a fin de cuentas el *género*, como visión del mundo construida a partir de traducir diferencia en desigualdad, es también un sistema de poder. Para alcanzar una necesaria equidad un primer paso implica cuestionar los códigos culturales que hemos heredado, que encubren formas de explotación e injusticia; otro, reconocer que no va a ser nada fácil transformar los comportamientos sociales de masculino y femenino, no porque dependan en forma esencialista de los hechos biológicos, sino porque son parte de nuestra identidad; y el tercero, fundamental, que elaborar políticas con una perspectiva de equidad entre los sexos, que cierren la brecha de la discriminación en terrenos básicos, requiere una intervención simbólica, una política cultural (películas, telenovelas, revistas masivas) que nadie parece dispuesto a financiar.

Hoy por hoy, no se han podido eliminar las acepciones indebidas y las confusioines que produce el concepto *género*. *Género* está indiscutiblemente ligado a sexo, es más, se usa

como un eufemismo de mujeres. La inoperante división mente/cuerpo se repite en la de sexo/género. Hay personas que, hartas de la confusión definitoria, han hecho un llamado a renunciar a usar la categoría *género*. Yo creo que simplemente hay que ser más rigurosos, comprendiendo la complejidad a la que hace referencia y me sumo a la lúcida y útil propuesta de Joan Scott¹⁰: leer esta confusión, mezcla e identificación que se sigue haciendo entre sexo y *género* como un síntoma de ciertos problemas recurrentes.

Para mí, entre estos problemas, destacaría el de no comprender la complejidad del cuerpo (mente, carne e inconsciente) y representarse a las personas únicamente como construcciones sociales, o básicamente como cuerpos. Ambas visiones reduccionistas derivan en actitudes voluntaristas, que pretenden “re-condicionar” a los seres humanos, o transformarlos genéticamente. La ceguera ante el peso de lo simbólico, ante el inconsciente que determina muchas de nuestras intervenciones, dificulta cualquier voluntarismo constructivista. Claro que se puede hacer políticas públicas que intervengan sobre lo construido socialmente; pero para que éstas sean eficaces hay que tomar en consideración lo simbólico y lo psíquico.

Ahora bien, para aterrizar en nuestra práctica cotidiana. ¿Qué podemos hacer para transversalizar el *género* en programas concretos? Primero que nada, ubicar el peso de la diferencia sexual, reconociendo su presencia, y enfrentando sus consecuencias. Hay que reconocer los tres componentes del cuerpo y comprender qué se juega en cada uno: carne (hormonas, procesos bioquímicos), mente (cultura, prescripciones sociales, tradiciones) e inconsciente (deseos, pulsiones).

¹⁰ Joan W. Scott, “Some More Reflections on Gender and Politics”, en *Gender and the Politics of History*, Revised Edition, Columbia University Press, 1999

Lo que nos distingue a los seres sexuados masculinos y femeninos es la forma en que nos reproducimos y tenemos relaciones sexuales. Ahí se encuentra lo complicado de la opresión sexista, y a pesar del gran avance de las mujeres en ciertas clases sociales, el conflicto central de equilibrar maternidad y trabajo asalariado sigue sin ser abordado en serio y a profundidad. Es ahí donde radica el punto nodal: la forma en que la reproducción sigue condicionando toda la estructura de la sociedad. Es ahí donde nacen las prácticas sexistas, los distintos e inequitativos tratamientos laborales, la falta de igualdad salarial, de oportunidades. El tema de la maternidad, que se debería plantear como el tema de los hijos y su crianza, sigue siendo la gran tarea olvidada en los proyectos de *gender mainstreaming*. Y es ahí donde podemos lograr, de manera modesta y acotada, una revaloración, una revisión desmistificadora, que ubique tanto la centralidad de la sexuación y de su impacto en la distribución del poder, como que plantee las nuevas coordenadas que, desde una visión de *género* diferente, permita construir alternativas que liberen simbólicamente y materialmente a las mujeres, permitiendo un verdadero equilibrio de las responsabilidades familiares y las laborales. Lo que ya no es posible es seguir con un discurso ambiguo, que maneje *género* desvinculado de la diferencia sexual, y de la materialidad de los procesos de reproducción en cuerpos sexuados.

Ahora bien, el vínculo entre el *género* y las políticas públicas se debe armar tomando en consideración el "dilema de la diferencia". Este dilema¹¹ radica en que cuando se ignora la diferencia, se da paso a una falsa neutralidad, y cuando se le toma en cuenta se puede acentuar su estigma. Tanto destacar como ignorar la diferencia implican el riesgo de recrearla, ése es el dilema de la diferencia.

¹¹ Martha Minow, "Learning to live with the dilemma of difference: bilingual and special education", publicado en *Law and Contemporary Problems*, número 2, 1984

Las implicaciones de tener presente el dilema de la diferencia son muchas. Desde nuestra subjetividad establecemos un imaginario sobre la diferencia sexual, a partir de las mujeres y los hombres que nos rodean. Pero previamente a nuestro nacimiento ya existe un orden simbólico, al que ingresamos mujeres y hombres como productos históricos y culturales. Hay que desarrollar opciones sólo para mujeres, y también sólo para hombres; hay que trabajar con grupos mixtos y averiguar qué pasa con ellos cuando se echan en operación los programas. Hay que fijarse en la sexuación, y hay que dejarla de lado. Por eso es tan complicado hacer políticas con perspectiva de género, porque no se puede, de una vez por todas, definir una línea. Para ir modificando la orientación de una política pública, introduciéndole la perspectiva de género, hay que reconocer el contexto, tomar en cuenta el dilema de la diferencia e ir avanzando en cuestiones puntuales.

Para terminar, hay que regresar al punto de la claridad y la complejidad. Un escritor español, José María Guelbenzu, señaló, respecto a la literatura, que cuánto más se perfila y decantan los elementos de una historia, más compleja se vuelve la narración y –paradoja aparente- más se aclaran las situaciones. Complejidad y claridad no son términos antagónicos; lo complejo es lo que permite al lector disponer de claridad a la hora de tomar posiciones ante los personajes a cuyo drama asiste. Sólo asumiendo la complejidad que supone el *género* se podrá tener claridad para intervenir y así facilitar la radical transformación que logre la equidad entre los seres humanos.

Ciudad de México, a 17 de diciembre del 2003

